809-1

Allende, mi amigo

Patricia Verdugo



Lo había llamado la misma noche del triunfo electoral: "¡Lucho, ganamos, ganamos, ven a darme un abrazo y a pedirme perdón!". Y ahí estaba ahora, en el living de la casa de calle Guardia Vieja, frente al amigo de tantos años. Todo estaba lleno de voces y de movimiento ese 5 de septiembre de 1970. Saludos, abrazos, risas.

El Presidente electo pidió unos minutos a solas con su amigo Luis Correa Prieto, ex ministro y dirigente empresarial, y de inmediato agregó otra petición: la presencia de su guardia personal. Entraron varios hombres jóvenes, de rostros serios, y les ordenó formarse.

–Compañeros –comenzó a decir Salvador Allende con voz grave, acorde con el gesto solemne de su postura, de pie, entre la guardia y su amigo que contemplaba la escena sin entender.

Y repitió:



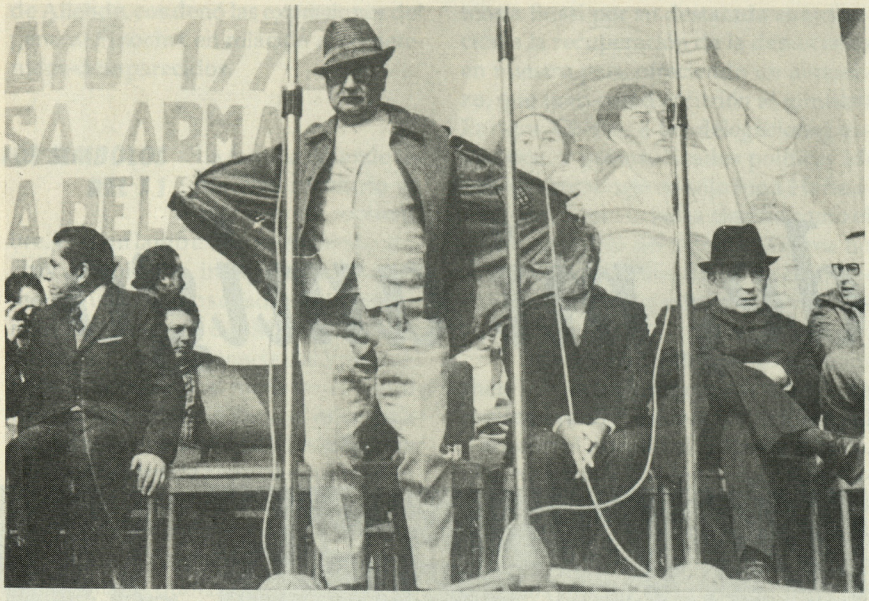
–Compañeros... Cuando la revolución lo exija y las necesidades del pueblo así lo determinen, debéis fusilar a este hombre por tratarse de un momio irrescatable. Hágan-lo sin una duda. Eso sí, ¡atención!, debéis fusilarlo con balas de plata porque es mi amigo...

La carcajada de Allende llenó el salón y Correa Prieto se levantó para abrazarlo de nuevo, ahora frente a la mirada sorprendida de los miembros del GAP. El triunfo no lo había cambiado. Era el amigo de siempre: bromista y "chacotero" en las circunstancias más inesperadas; profundamente leal en el afecto, por encima de ideologías o conflictos políticos.

Pocos días después –a pesar de lo seria y grave de la situación– no podría evitar hacerle otra broma al "flaco", a su amigo Eduardo Frei:

"Nos contó detalles de la reunión con el Presidente Frei en La Moneda y la mejor parte fue cuando decidió quitarle el tono grave a todo lo que se hablaba. Frei se paseaba de un lado a otro, con las manos entrelazadas a su espalda, planteando sus inquietudes en torno a lo que significaba el triunfo de la Unidad Popular. Y Salvador se levantó, fue hasta el sillón presidencial y se instaló. '¿Cómo me

809-2



El último instante

El doctor Hernán Ruiz Pulido, cardiólogo, formaba parte del equipo médico ad honorem que se turnaba para estar junto al Presidente Allende en las actividades fuera del Palacio de La Moneda. Siempre un cirujano, ante el riesgo de atentado. Y siempre un cardiólogo, ante las arritmias que podían dar paso a un infarto.

–El 11 de septiembre de 1973 llegamos todos los médicos a La Moneda, muy temprano. Era nuestro deber estar allí con él. Lo vi tranquilo, dueño de la situación, cuando reunió a todos los que estaban en el Palacio y nos habló. Terminó pidiendo que salieran las mujeres y todos los que no tuvieran armas para defenderse. Luego intercambié unas pocas frases con él...

Sereno y firme, el Presidente Allende le dijo:

–Interesante momento el que está viviendo, doctor. No lo olvide y escríbalo...

–*Story of history* –acotó el doctor Ruiz, haciendo el juego de palabras en inglés.

–¡*History, history*! –repitió Allende con voz solemne.

Pocas horas después, el bombardeo convirtió al Palacio de La Moneda en un escenario fantasmagórico de fuego, humo y muerte.

–Nos dijeron que todos debíamos subir y ahí estaba el Presidente, en actitud solemne, esperándonos. Comenzó a hablar, agradeciéndonos nuestra lealtad y rindiendo un homenaje a su gran amigo, el periodista Augusto Olivares, quien se había suicidado poco antes. Terminó con una frase simple: "Salgan ustedes, yo voy a ser el último en salir". Entró al salón y yo supe que se iba a suicidar. Se lo dije al doctor Arturo Jirón y éste, a su vez, le pidió a Jano que abriera la puerta del salón. Jano era el guardia personal que el Presidente más apreciaba. Jano abrió la puerta y escuchamos la fuerte voz del Presidente: "¡Cierre esa puerta!". Jano la cerró instintivamente y resonó la ráfaga de inmediato. Nos quedamos paralizados por milésimas de segundo y abrimos. Ahí estaba, muerto...

El intendente de Palacio, Enrique Huerta, se volvió hacia los que quedaban allí cerca (la mayoría ya estaba bajando y saliendo) y sacó fuerzas de no sé dónde para decir: "Compañeros, el Presidente ha muerto. Y por él y con él es que viviremos para siempre".

–En ese instante vi el sollozo más profundo que he visto en mi vida, un sollozo de todo el cuerpo de Arsenio Poupin.

Huerta y su fortaleza. Poupin y su dolor. Como previendo sus propias muertes en pocas horas más. • **P.V.**

veo, Eduardo? De verdad, ¿cómo me veo?'. A Frei no le quedó más remedio que reír", recuerda el ex senador Rafael Agustín Gumucio.

Y es que Frei también había tenido décadas de entrenamiento en las bromas de su amigo socialista. Y ésa fue una amistad que no se quebró sino hasta los años 70, pese a que ya se habían enfrentado en dos contiendas electorales por la Presidencia. Ni la virulencia de la antipropaganda que desató cada comando había logrado distanciarlos.

Para la campaña de 1964, se preparaba un acto de Frei en el teatro Caupolicán y Allende decidió que era tiempo de chacota. Así recuerda Gumucio la conversación telefónica.

–¿Don Eduardo Frei? Senador, buenos días, habla usted con el administrador del teatro Caupolicán...

–Diga no más...

–Mire, tenemos un problema ahora que estamos montando el proscenio para el acto de la noche. Recibimos instrucciones de poner un gran retrato suyo como telón de fondo y no sabemos cómo ponerlo, si de frente o de perfil...

–Hombre... yo no sé de esas cosas. Tiene que hablar con mi jefe de campaña.

–Es que es algo muy delicado y personal, senador. Porque, usted sabe, si lo ponemos de perfil... (silencio que aludía a la gran nariz).

–A mí no me corresponde decidir eso, señor. Por favor, hable con el jefe de mi campaña –insistió Frei, en tono crecientemente molesto.

–¡Flaco, no seas tonto, si soy yo... Salvador!

Las carcajadas de ambos se confundieron en la línea. Risas del Chile de antes en el que sobresalía la de Salvador Allende Gossens, en señal de su amor profundo por la vida, por la fraternidad humana y por la amistad.

–Era tan leal con sus amigos. Lo conocí en 1933, cuando fundamos el Partido Socialista. El venía a las reuniones del comité central, representando a Valparaíso. Y un día me pidió que lo llevara a mi casa a almorzar porque estaba pobrísimo. Mi mujer preparó unas tortillas de zanahorias que le encantaron y empezó a repetirse el plato bastante seguido. Nos hicimos muy amigos. Y casi 40 años después, estando nosotros en España, mi mujer tuvo un infarto. Cada mañana, a las ocho, recibía una llamada de él, ya Presidente, para saber cómo evolucio-

809-3



naba su salud y ofrecerme toda la ayuda que necesitáramos –recordó Manuel Mandujano, a quien entrevisté pocos días antes de morir.

AMANTE DE LA VIDA Los amigos y amigas siempre llegan, en algún recodo de la conversación, a la misma frase: gozador de la vida, amante de la vida. Y un amante generoso y, por lo mismo, socialista.

–Gozaba viviendo. Se daba todos los gustos que podía, porque le gustaba pasarlo bien. Y quería que la gente del pueblo pudiera disfrutar de la vida, que pudiera tener bienestar y acceso a los pogresos de la humanidad –aseguró Manuel Mandujano.

Y ese "pasarlo bien" nada tenía que ver con destinar esfuerzos especiales para obtener recursos económicos. Su gran inversión, la que cuidaba cada día, era la de los afectos: "El fue siempre clase media y punto. Nunca pretendió ser recibido por la aristocracia santiaguina y eso, aunque suene extraño, es todo un mérito. Porque todos los políticos fatalmente se ponían arribistas y terminaban inscritos en el Club de la Unión. A él le importaba un comino ese show", comenta Rafael Agustín Gumucio. Y su mujer, Marta Rivas, acota:

–No tenía una gota de snob. El era leal con sus viejos afectos y ningún cargo u honor lo hacía cambiar eso. Más aún. En la vida social, como invitado o anfitrión, era ideal. Sabía escuchar, sus intervenciones eran breves e ingeniosas y, ¡muy importante!, era discretísimo. Nunca le escuché "pelar" a nadie...

Cuatro décadas de amistad son prueba irrefutable de la personalidad de un ser humano. Y todos sus amigos –desde derechistas a socialistas, pasando por democratacristianos– coinciden al caracterizarlo.

–Nunca me pidió el voto. El sabía que yo lo quería y la adhesión política estaba fuera de cuestión. Me preguntaba mi opinión sobre algunas materias, especialmente económicas, incluso durante su gobierno. Pero nada más. Y cuando, en alguna comida, las niñitas preguntaban por qué yo no participaba en las campañas de su padre, el mismo intervenía: "Déjenlo tranquilo porque tiene toda la razón, miren que yo tampoco jamás votaría por este momio". Y se largaba a reír, zanjando toda la discusión –recuerda Luis Correa Prieto.

Para este hombre –que destacó en la dirigencia empresarial derechista– no hay explicación para lo que sucedió. Porque si había en la izquierda chilena un hombre que respetaba profundamente a los otros, que no sabía de sectarismos, que era capaz de amar sin exclusiones ideológicas, se llamaba Salvador Gossens. •